

LOS PRIMOS

Por Luis Victoriano Betancourt.

Hizo Dios el mundo en seis días, y descansó el séptimo; pero antes de descansar, se le ocurrió hacer al hombre el sábado.

Adán y Eva, pues, se conocieron la sexta noche de los tiempos, y no en bailes ni en teatros, como se conocen las gentes ogaño, sino en campo raso, debajo de una ceiba, indudablemente, sin más camisa, ni más adornos, ni más paños menores, que su epidermis, y el Señor les dijo:

- Creced y multiplicaos.

Y ellos no crecieron, porque ya estaban un tanto demasiado crecidos, pero sí se multiplicaron, y multiplicándose, formaron las familias, y formando las familias, las llenaron de plagas, tales como el Primo, especie de bicho no descrito por Cuvier, y que merece lugar preferente en la familia de las babosas; aunque hay quien la coloque en la de los zánganos; mas sea de ello lo que fuere, y prescindiendo de la nobleza de sangre y procedencia de casta, lo cierto es que el primo es un ser digno de estudio, y como tal me ocuparé de él.

El primo es un hombre como cualquier otro puede serlo; come, bebe, duerme y ejecuta sus demás funciones vitales a las mil maravillas; canta, ríe y baila, si es alegre; trabaja, si no es haragán, y tiene, en fin, cuantas cualidades puede tener cualquier prójimo; salvo el goce de ciertos fueros en casa de la tía, y algunas confiancitas con las primas, que no gustan por cierto a la mamá, la cual está siempre atisbando las acciones del

sobrino. Los hay de ellos feos y bonitos, rubios y morenos, elegantes y descuidados, pero todos condescendientes y de buenas intenciones, si no son algunos que, validos del primazgo, hacen cosas que no debieran, introduciendo la desolación y el escándalo en su misma familia; pero son tan pocos, que no hacen número, y por tal motivo, prescindiré de ellos.

El primo es el demonio familiar de la casa de su tía. No bien se cuele por las puertas, alborota a las muchachas, va a la cocina, enciende un cigarro, se come un plato de dulces que hizo una de las primas, pellizca a la cocinera, abraza a la mulatica costurera que está en el cuarto, vuelve al comedor; si ve flores, se apodera de ellas, a pesar de la oposición tenaz que se le sostiene, y se dirige a la sala. Allí se sienta entre cinco o seis angelitos sin alas, le quita el bordado a la una, el libro a la otra, las mortifica a todas, incomoda con sus gritos a la vieja, que se levanta, las manos en la peluca diciéndole:

-Vete, demonio, espiritado. ¿Qué vienes a hacer aquí entre las muchachas?. Esta no es hora de visitar.

Pero él, tenacem propositi, más grita, y más emborracha con su charla, hasta que la vieja se retira para el cuarto, renegando de los primos y del diablo, y él, dueño entonces del campo entre tantas palomas, hace de las suyas, y las primas se ponen bravas por alguna libertad demasiado libre y él sale peleado con ellas; pero cuenta que al siguiente día vuelve a la casa, y hacen las paces, y se repiten las escenas del día anterior.

El primo, a pesar de todas estas ventajas, está expuesto a mil incomodidades en casa de la tía. Mientras no haya jóvenes de fuera es el preferido, mas iguay de él: si sucede lo contrario. Allí es verlo en un baile. Si es bailarador recibido y aprobado,

puede dar algunas volteretas con las primas; pero si no es adelantado discípulo de Terpsícore, pasa más sudores que un atacado de fiebre. Aquí se dirige a una prima, decidida admiradora de las danzas de Federico, la cual, después de mil excusas y circunloquios, concluye por decirle:

-Mira, Pepe, tú eres de confianza, y por lo tanto, los cumplimientos son excusados; primero es atender a los extraños; hay dos o tres jóvenes de cumplimiento que quieren bailar conmigo, y tengo que complacerlos.

Allá vá con su triste humanidad a donde está otra rubia, prima también, pero que no se muerde la lengua.

-¿Qué danza vamos a bailar, Antoñica?

-Ninguna, Pepe, porque tu eres limón, y yo no me quiero estropear; ve a pisar a otra, que lo que es a mí, no te dará en el pico.

Y el infeliz tiene que ir en peregrinación por toda la sala, y de seguro no habrá quien de él se compadezca.

Se dividen los primos, por su carácter, en tres especies: juiciosos, hipócritas y traviosos. El primo juicioso es de fiar para la tía; la visita diariamente, quiere mucho a las primas, y bien podían ellas salir a pasear solas con él, que de seguro no harían las travesuras propias de su edad, pues el genio serio del compañero pondría freno a ellas. El es quien lee las cartas de los empalagosos enamorados de ventana; hace de tiempo en tiempo un regalito; está al tanto de cuando hay un enfermo para ir a verlo; es consultado en diferentes cuestiones por los tíos, y se da a querer a causa de su buen comportamiento; suele tener de veinticinco, a treinta años.

El primo hipócrita participa en la apariencia de las cualidades del anterior. Con su cara de santico, se gana la confianza de la casa; siempre está conversando con la tía, y cuando se queda solo en medio de la hembrería, ello es verlo más alborotador que un muchacho. Generalmente cuenta de veinte a veinticinco años, y como está en la edad del amor, escoge a una de entre sus primas, a quien delante de la madre ni siquiera mira, pero que solus cum sola, la estrecha tanto y tanto, que tiene ella que llamar algún genio bueno en su ayuda y decir:

-Mamá, mamá, ven a oír lo que Pancho me está diciendo.

Y la madre ni se mueve, porque se fía de él, y se contenta con responder:

-Vamos, niña, déjame quieto a Panchón; yo no creo de él cosa que no sea buena.

-¡Ay, mamá! si tú lo hubieras oído, y mírenlo ahora tan hipócrita como está.

Y él se ríe, y saca partido de su crédito, a su modo, que de todo se saca partido en este mundo. No es dañino; pero conviene espiarlo.

La tercera especie de primos es la del travieso, tipo sui generis, que merece particular atención. Para comprenderlo mejor, pintaré uno de ellos, que bien puede servir de adorno a este artículo.

José de Jesús Calandraca de Aronga y Bacalaito es un estudiante de filosofía, como de diez y ocho a veinte años de edad, con sus infulas de elegante y sus ribetes de poeta; alto de cuerpo, corto de vista, largo de nariz; de ojos negros y maliciosos y movimientos desembarazados, que indican decisión y franqueza.

Llámenle por mal nombre Aronguita, pero yo, a fuer de bien criado, llamaréle Pepe. Y antes que me huya de la memoria, voy a referir el cómo y el cuándo tuve ocasión de conocer y estudiar este tipo.

No ha muchos días, empujado por un asunto de interés, me dirigí a eso de las diez a casa de mi amigo Bonifacio Maleficio, donde gozo de alguna confianza. Llegué, pues, apenas acababan de levantarse de la mesa, y como el señor don Bonifacio no había almorzado allí, determinéme a esperarlo, no por el solo hecho de esperar, sí que para tener una disculpa y quedarme platicando sabrosamente con dos trigueñas y una rubia, que más fuego tenían en los ojos que hay en un volcán, y más miel en los labios, que en una colmena. Quedeme, gracias a mi descaro (en honor de la verdad sea dicho), y entablamos conversación.

-Jesús, Luisillo- me dijo una de las trigueñas, llamada Concha, y que tenía un divino hoyuelo en la barba, - Jesús, ¡qué malo estuvo su artículo del otro día! Yo ni lo acabé de leer. Mire que a usted nada más se le ocurre hablar contra el baile, como habló, y desacreditar así a las muchachas.

-No, hija mía - le contesté,- yo no he desacreditado a las muchachas, no he hecho más que decir la verdad pura, lo que se ve en muchísimos bailes. Difícil sería y arriesgado, y hasta incierto, afirmar que todas bailan mal; no, yo lo que dije y repito ahora a ustedes fué, que muchas muchachas bailaban así; bien sé yo que hay honrosas excepciones. Y además que

A todos y/a ninguno
Mis advertencias tocan;
El que haga aplicaciones
Con su pan se lo coma.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

-Sí, venga ahora a componerlo todo - dijo la rubia.- Nosotras no debíamos mirarle más la cara, y hacer con usted lo que las muchachas de la esquina.

-¿Qué muchachas?- pregunté.

-Las Mendrugo - contestó Chumbita, que era la otra tiguena, más divina que el sol y más picante que el ají. - ¿Y sabe lo que dicen? que están bravísimas con usted, porque en su artículo se refiere a ellas, pues como no saben bailar todavía; no saben distinguir lo bueno de lo malo, y hacen lo que ven hacer al compañero; y que usted las vió bailando la otra noche y por eso lo escribió todo; pero que ellas se vengarán de usted.

No, nada de eso ha habido. Yo no tengo culpa por haber escrito el artículo, sino ellas por parecerse a lo que yo escribí; y bien se conoce que son culpables, pues si no bailaran deshonestamente, de seguro no se darían por aludidas.

-Y mire, Luisillo- dice aquella muchacha rubia con ojos de cherna, que anda siempre con Charito Mendrugo,- que si fuera hombre le hubiera dado una paliza a usted, para que no se metiera en camisa de once varas, que más cuenta le traían otras cosas que no esas. Y vayan a ver quien habla, aquella albina tan antipática, y que no está contenta sino cuando se halla entre hombres. Y luego tan sometida que es. Todos los días le escribe más de diez cartas a Nicanor Lagartija, y él ni por esas. Hay mujeres tan...

-Vamos, niñas, guarden las tijeras - dijo a la sazón doña Tecla, madre de ella? - No le arranquen la tira del pellejo a esa pobre rubia. ¿Qué mal ha hecho?.

-Sí, mamá, es muy...

Aquí fué interrumpida la graciosa fiscalía por un estrépito que hacia la puerta sentimos.

-¿Qué es eso, señor? - dijo doña Tecla, medio incómoda, medio asustada.

-Nada, mamá - contestó Margarita, que era la rubia; - ese es Pepe, que viene a vernos antes de ir a la Universidad.

-¡Dios nos ampare!, ya tenemos aquí a ese condenado.

Con estas razones dieron lugar a que el señor Pepe llegase a donde estábamos, más alegre que un carnaval y más descarado que una máscara.

-Buenos días, tía, adiós muchachas, ¡hola, mulata!, ¿cómo están todos por acá? ¿Y tío Bonifacio, dónde anda? ¡¡Puff!! ¡Y saben ustedes que hay calor! Digo, y yo tengo que ir pedibus andantibus hasta la Real Universidad Literaria de la Habana, situada en la calle ancha de O'Reilly, esquina a la de Mercaderes, bajos de Santo Domingo. Y no crean ustedes que voy a pie por hacer ejercicio, no, sino porque no tengo más que diez centavos o sean dos reales de vellón, o de otro modo un real sencillo; y un medio es para cigarros y otro para papel, que tengo que escribirle a mi adorada Petrona, o Perica, como la llamo yo. Por cierto que me pidió un sello para escribirle a su padre, y yo me hago el remolón. ¡Digo!, ¡bueno es el niño! En el circo me verán, pero que me cojan, ¿cuándo? No es nada lo del ojo, soltar yo medio fuerte para ella. Vamos, Perica, no arrugues, que no hay quien planche.

-Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar - interrumpió doña Tecla, santiguándose, - ¿hasta cuándo vas a estar hablando, muchacho? Parece que tienes metido el diablo en el cuerpo.

¡Valgate Dios! y que petulante vienes.

-Oye, Tiruña - dijo Pepe, tirándole un pellizco a la rubia,
- oye lo que dice tu tia. - Pero como no le contestase, tirole
él otro más fuerte aun, como diciendo: - ¡Eh! señora muerta,
¿en qué piensas? ¡En el mocito que paso anoche por aquí tan
flaco y tan largo y tan amarillo, que parece un muerto resuci-
tado!

-Vamos estate quieto, Aronguita, dejemos la fiesta en paz
dijo la rubia, un tanto resentida del dolor y más quizás por las
indirectas respecto del enamorado.

-Oye, tía Tecla, como se pica Margarita la rubia, porque le
digo que su novio parece un muerto desenterrado.

-No es por eso, mamá, sino porque me dió un pellizco.

-¿Qué es eso de pellizco? - saltó la tia. - ¡Eh! Don Pepe,
nada de juegos de manos con las muchachas, que no porque sean
primas...

-Pierda cuidado, señora tía, que será usted desobedecida
religiosamente.

-Y dime, cola de diablo, ¿qué haces tú que no te largas para
la clase? Mira que son la once y media y a las doce tienes que
esta allí.

-¡Oh!, no se apure por eso, tía, yo voy a clase cuando quie-
ro, y paz cristi. Usted ve, hoy no me ponen falla, por lo cual
me quedo a comer acá.

-No, señorito, vete a clase y cuando hayas cumplido en el co-
legio...

-¿Qué colegio, tía? La Universidad.

-Bien, cuando hayas cumplido en la Universidad, ven a comer
y a cenar si te da gana.

-¡Oh, señora doña Tecla, usted me confunde, me aniquila, me achicharra, me descuarejina... ¡Tanta bondad!

-Déjate de retóricas, y coje el tole, que ya es hora.

-Si, me voy, porque temo mucho a los reprobados, suspensos y capotes.

En esto levantóse y fué al primer cuarto, revolvió el tocador, se peinó, descompuso todo lo que había compuesto, y sacando de entre las máquinas femeniles una asaz extraña, por cierto, que usaba Margarita para abultarse el peinado, dos longanizas, como las llamaba Pepe, preparose a salir, despidiéndose con ellas a guisa de bandera.

Pero en mala hora lo viera Margarita.

-Ven acá, Pepe - decía, - dame eso, mira que me lo descomponer todo. Pepe, mis armadores.

Y Pepe seguía impetérrito hacia la puerta, y la rubia pudo atrapar una tranza, y aferrándose a ella, trabose la lucha, y Pepe gritaba, y la perrita ladraba, y sabe Dios lo que de ahí resultado habría si doña Tecla, celosa siempre de su tranquilidad, no pusiera fin al juego, dando a cada uno dos coscorrones y diciendo al sobrino que tuviera a bien tomar el portante.

-Si, eso es, tía - dijo él antes de irse, - usted me echa de su casa; pero no saca nada en limpio, porque hoy vengo a comer, y esta noche voy a presentarle a usted tres estudiantes más malos que Capiroto, como decía mi abuela en sus mejores días.

-Dios te libre de tal cosa; guardate de traer acá a esos pollicos con los bolsillos planchados, y tan amigos de meterse con todo el mundo.

-Pero, ¿qué tienen los estudiantes, mamá? - dijo la prieta del hoyito; - casi todos son de buenas familias, y muy finos, y muchos son poetas y la mayor parte son simpáticos y buenos mozos.

-Si, fíate de las caras bonitas y de los fluses elegantes, que paga el padre; yo no digo que sean despreciables, pero mientras se llaman estudiantes, se les debe zafar el cuerpo como al diablo.

-Pues a mí me gustan los estudiantes.

-Calla, tonta.

-Pues, agur - dijo Pepe, - hasta luego. Miren, muchachas, que les voy a traer los estudiantes de Derecho, y ya verán.

-Sí, atrévete - gruñó doña Tecla, que más tenía a los tres estudiantes que a veinte marineros y soldados; y volviéndose a mí, dijo: -Usted ve, Luisillo, este Pepe es un buen muchacho, y nosotros le queremos mucho, como hijo de una hermana mía que es, pero es el espolón del diablo.

-Sí, señora - le respondí, - bien se ve que es de genio alegre y luego estudiante, que lo dice todo.

Despédime en seguida de aquella familia, prometiéndome en mi interior repetir la visita para contemplar la trigueña del hoyito, que me había dejado pensativo, y robado mi tranquilidad. Salí de allí, enamorado por una parte, y por otra alegre, pues no fué poca fortuna haber encontrado al primo travieso, que buscaba con mis cinco sentidos.

Cuidad, madres, vuestras hijas; desconfiad de los primos, que son todos aficionados a las primitas, y bajo la salvaguardia del parentesco, pueden dar de sí más de lo regular, y lo que de ello resultare, allá lo veredes.

¡Bienaventurados los padres que no tienen sobrinos, porque ellos verán su casa limpia de zánganos y babosas!



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA